

Sección femenina



JUEVES 13 DE FEBRERO DE 1939

SUMARIO.—Comentando cosas.—El espiritismo. Fenómenos que me ha tocado ver. Algunos comentarios, por Sarah Hübner.—Modas: Los abrigos que vienen.—Crónica sobre Interiores.—Correspondencia.—Recetas.—

LA SECCION FEMENINA DE "SUCESOS"

A pedido de sus numerosas lectoras, "SUCESOS" ha resuelto abrir de nuevo su "Sección Femenina".

En ella atenderá con el mayor interés todo lo que sus lectoras deseen consultar, desde la sencilla información doméstica, hasta el problema sentimental más complejo.

Informaremos sobre libros a las señoras y señoritas que les agrade leer. Responderemos, tanto a la capital como a provincias, sobre todo lo que signifique cuestión doméstica, desde la receta de cocina hasta la consulta estética sobre arreglos de casa, decoración de interiores, detalles de modas, etc.

Nos preocuparemos con vivo interés de problemas psicológicos o sentimentales que deseen consultarnos.

Daremos datos, en cuanto nos sea posible, sobre cuestiones de trabajo, a las mujeres que deseen hacer algo por ganarse la vida.

Por último, disponemos de la mejor Biblioteca que existe en materia de recetas para embellecer. De manera que, sin el menor esfuerzo, podemos informar a nuestras lectoras, sobre cuánto ellas puedan necesitar en ese sentido.

Atenderemos la correspondencia por orden de fecha. Las consultas deben ser dirigidas a la "Sección Femenina" de "SUCESOS", Bandera, 758. Casa 6. Teléfono 88534.

COMENTANDO COSAS

El Espiritismo. Fenómenos que me ha tocado ver. Algunos comentarios.

Por Sarah Hübner.

Siempre le he tenido una franca antipatía a las cosas extraordinarias, o diré mejor, a las interpretaciones extraordinarias. A tal punto ha sido, que ni siquiera a Dios he querido nunca dirigirme por intermedio de los santos. Sé todo lo que la Iglesia establece a propósito de esto; sin embargo, eso de figurarme a Dios rodeado de santos que le piden esto o aquello, me hace recordar a los políticos y por ende a los gestores administrativos. Y si la cosa es desinteresada, se me antoja que es algo así como suponerle veleidades a Dios. Eso que un día lo conmueva Fray Andrés; otro, la Teresita del Niño Jesús, y así unos y otros, como pasaba antes con nuestra política y, perdonésemela la declaración, está hecha con ingenuidad y, es una simple impresión personal que no creo que afecte en nada la fe de otros.

Dicho esto, es fácil com-



prender que yo no haya sido nunca espiritista ni teósofa, y que, admirando por sobre todo las ideas claras, aunque en la vida nada me parezca claro, acepte todas las complejidades que se relacionan con la manera de sentir y mire con profunda antipatía lo que tiende a complicar las cosas simples o a establecer doctrinas a través de fenómenos que no se explican fácilmente. Siempre he mirado con un dejo de suprema extrañeza a las gentes que afirman, a los convencidos de algo y en fuerza de creer que no entendemos nada, yo voy por la vida creyéndolo todo o negándolo todo, según el día y el estado de ánimo. Cosa que, seguramente, les pasa a muchos.

Sin embargo, últimamente me ha tocado palpar, diré, porque he visto y he sentido algunas cosas que, aunque son simples, me han dejado un tanto perpleja, porque, en ningún caso son hechos ordinarios. El asunto es, que vino a alojarse a casa una niña de provincia, que pretendía un puesto. El primer día que llegó estaba yo en mi dormitorio, y



ella, acomodando su pieza, cuando lentamente se desprendió de la pared un retrato de familia. Calló en una forma tan curiosa, que no pudo dejar de llamarme la atención, porque se desprendió lentamente, como si alguien, cuidadosamente, lo hubiera retirado del clavo en que estaba colgado y vino a caer al suelo boca abajo, sin romperse y haciendo un ruido minimum, para la proporción del cuadro, que era grande y tenía vidrio. Me extrañó la cosa sobre manera, pero, huyendo siempre de las interpretaciones extraordi-

taban claros, y que no era posible pensar en adquirirla.

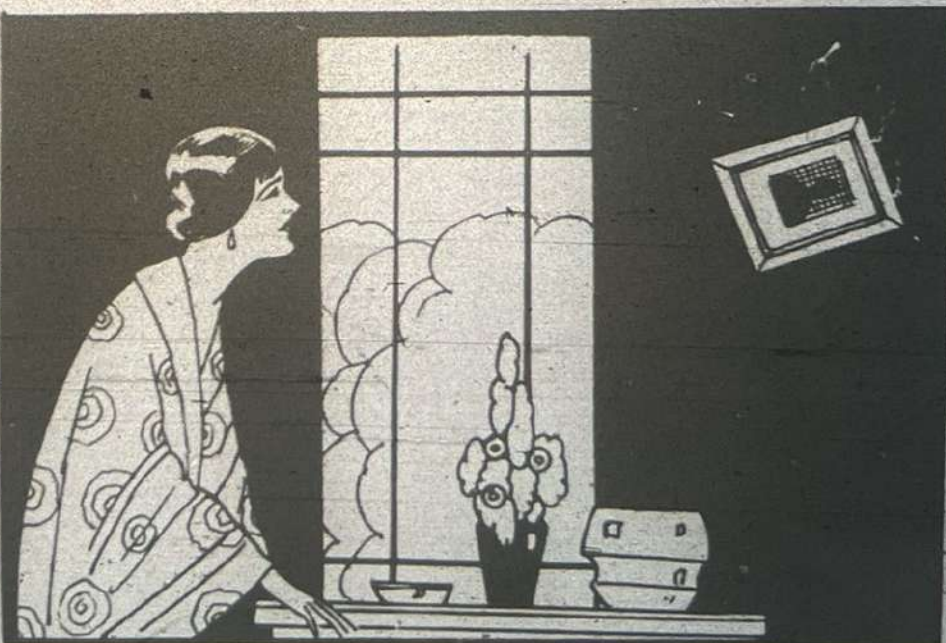
Me preocupó la cosa de tal manera, que día a día esperé que llegara la protagonista de estos hechos, con el propósito de hablar largamente con ella y ver de qué manera habían podido producirse estos hechos. Pasaron dos semanas, que se me hicieron largas y, al fin pude conversar con ella. Mi sorpresa fué mayor. Es una persona de poca imaginación y de menos palabras que imaginación. Tiene una índole tranquila y aborrece que se la tome como adivina o que se corran estas cosas. Es pobre y trabaja. Yo, como todo el mundo, lo primero que le pregunté fué que, cómo era posible que, teniendo la propiedad de adivinar, no procurara ganar dinero con ella, en lugar de trabajar y pasar una vida tan aburrida y tan precaria.

Entonces me explicó, con toda sencillez, algo muy claro. No es cierto, me dijo, que en casos como el mío, se adivine por medio de procedimientos o de un modo consciente, ni mucho menos que se adivine lo que una quiere saber, nada de eso: lo que pasa es, simplemente, que en un momento dado, sin saber por qué, sin recordar siquiera a la persona, preocupada de otras cosas muchas veces, una se sorprende, como monologando interiormente, bajo la sensación exacta de algo que le hubieran dicho y cuya conciencia tiene, sin saber cómo ni por qué le llegó. Muchas veces, cuando se trata de personas conocidas, una puede hablar y establece entonces, que estos avisos distantes, estas percepciones, responden a la verdad; otras veces, una tiene la sensación de cosas que no logra casi explicárselas, bien porque la sensación del hecho no se le presenta bien definido o porque son, según mi apreciación, hechos que les co-

narias, creí, por mi impresión misma, que ese día yo tendría los nervios en peor estado que de ordinario.

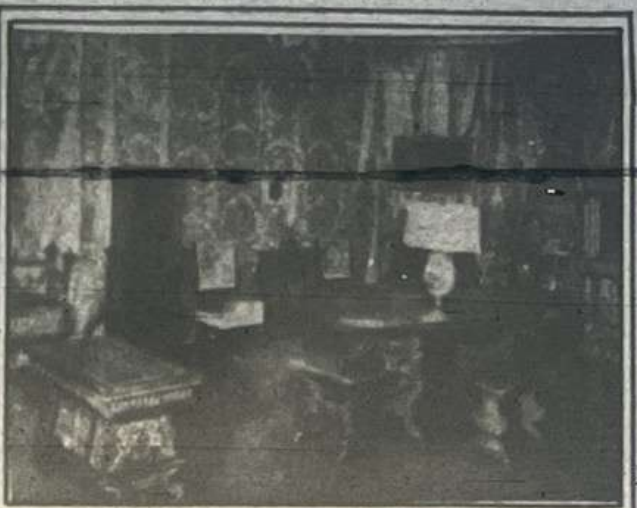
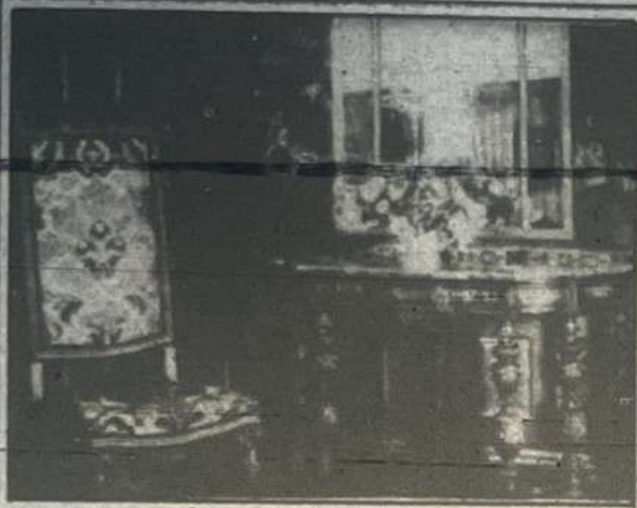
Al día siguiente me dijo la alojada, que había soñado que una empleada de mi casa estaba enferma. Me pareció divertido, que, no habiendo ninguna confianza entre yo y ella, me lo advirtiera con cierta solemnidad, convencida de que yo debía tomar precauciones al respecto. Era día viernes y al siguiente, salíamos de casa a excursión. Cuál no sería mi sorpresa, al volver, cuando supe que la Asistencia se había llevado a una de mis empleadas, víctima de una apendicitis grave. Me preocupó un poco la cosa, pero hice esfuerzos y logré desentenderme del incidente del cuadro y del pronóstico de la empleada. Mi alojada se fué y, dos días después, yo y mi marido

conversábamos de una propiedad, que nos interesaba y cuyo precio era la base de las cavilaciones. Cuál no sería mi sorpresa, cuando al día siguiente recibo una carta de mi ex alojada, diciéndome que la propiedad que ha visto mi marido el día antes, no tiene los títulos en forma y que no es prudente entrar en negocios con el dueño. Quise observar y, preocupada en extremo, porque sólo coincidí en la cuestión del negocio, que no se había tratado antes, me parecía muy extraño, dejé que las cosas siguieran adelante. Dos días después, me trajo mi marido la noticia de que los títulos de la propiedad no es-



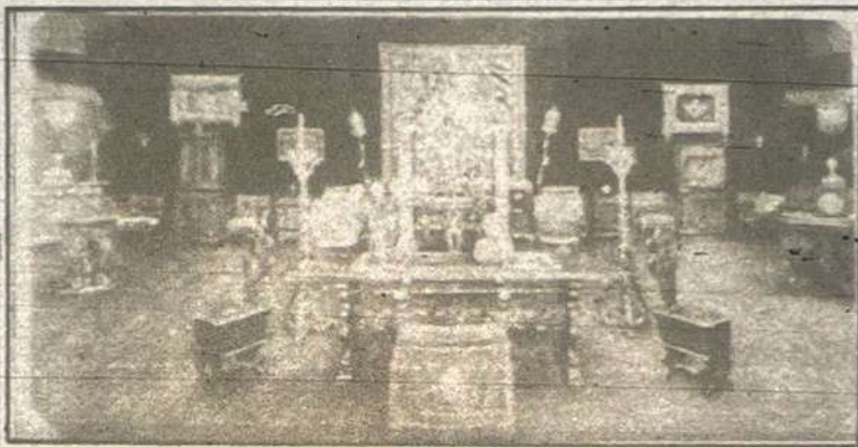
responden a personas extrañas y que, a fuerza de desconocerlos y de no interesarles a una misma, se dejan pasar.

Y, ¿cómo interpreta usted esto?, le dije. Me parece, me dijo, que responde a un simple fenómeno de sensibilidad psíquica, que no obra a voluntad y que, aún dentro de la misma persona, hay épocas en que se acentúa y otras en que se aminora. Este es, me agregó, el caso de tantas adivinanzas, que pueden haber dicho cosas extraordinarias muchas veces, mientras no procuran hacer intervenir la conciencia, pero que luego que se comercializan y pretenden saberlo todo no sólo no ganan terreno sino que lo

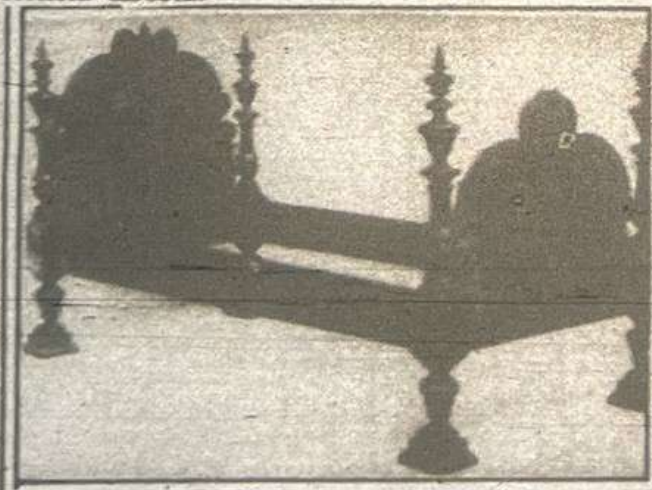


pierden. Es una simple cuestión psíquica, que aparece, sobre todo en cierta gente de vida sencilla, que bebe poco alcohol y que no se nutre en exceso.

Cuento estas cosas simples, sin interpretarlas. Cada cual las juzgará a su manera. No tienen otro mérito que la verdad y la experiencia directa.



nar abrigos elegantes, que no sean caros, pero, entre el abrigo de lujo, todo de piel y el de lujo combinado, siempre es más caro este último, porque las pieles para adorno, se pagan mucho más caras que en un abrigo entero y porque el abrigo de paño, sobre destruirse antes, se deterio-



riora y se pasa de moda muy pronto. Pero, dejemos esto. Viene el paño más que la seda y más que los casimires corrientes para trajes de señoras. Paños blandos, gruesos y livianos. Aparece el café, se conserva el gris, el cáscara y el negro, como tonos dominantes.

En pieles se lleva el astrakán, el zorro, en todos los tonos; el petit-gris, la marta, la nutria y un sinnúmero más de pieles que importa el Canadá, que son menos caras y que son bonitas.

La forma de los abrigos es menos rígida, más femenina. Pliegues, caídas, línea a la cintura, mangas amplias y el manguito antiguo como combinación última. Los sombreros de invierno son pequeñitos, conservando la línea hacia atrás, que ya hemos visto.

Vienen mucho los abrigos de tela blanda, co-

MODAS

Los abrigos que vienen. Grandes modelos

Los abrigos de este invierno constituirán la gran novedad de la temporada. Hay mujeres que están de plácemes, porque se llevarán menos los costosísimos abrigos de pieles enteros, pero, casi es una ingenuidad pensar así. Habrá, es verdad, manera de confeccionar abrigos muy elegantes, relativamente baratos, porque existen tantas pieles nuevas, bonitas, que todavía conservan un precio razonable, porque no se han constituido en predilectas. Sucede con ellas, lo que aconteció tantos años con el petit-gris, que sólo se usó para forrar abrigos y que se vendía a menos precio que la más ínfima imitación de nutria.

Habrà, como digo, manera de confeccio-

